

José de Mora y la decoración escultórica de la capilla del Cardenal Salazar en la sacristía de la catedral de Córdoba

Por José L. MELENDRERAS GIMENO

INTRODUCCION

El más famoso imaginero de la escuela granadina junto al célebre Alonso Cano, del cual fue discípulo, es, sin duda alguna, José de Mora; con él se cierra el gran ciclo de la imaginería de la escuela granadina de nuestro siglo XVII, centuria que ha dado excelentes imagineros en todo el territorio hispánico en sus diferentes escuelas de gran contenido estético y plástico, pleno a la vez de gran religiosidad y emotividad. Entre la nómina de extraordinarios escultores que dio este siglo mencionaremos a Martínez Montañés, su discípulo Juan de Mesa y Pedro Roldán en Sevilla; Gregorio Fernández y su escuela en Valladolid; Francisco Dupart y Nicolás de Bussi en Murcia; la Roldana y Pereira en Madrid y finalmente Gaviria, Pablo de Rojas, Alonso Cano, Pedro de Mena y José de Mora en Granada.

José de Mora (1642-1724) pertenece a una extensa familia de notables imagineros, denominados «los Mora»; hijo de Bernardo de Mora, nació en Baza (Granada) el día 1 de marzo de 1642 (1), aprendió el oficio al calor de su padre, quien le acompañó cuando se trasladó a Granada. En la ciudad de la Alhambra residió la mayor parte de su vida, salvo varias estancias en la corte, donde fue designado escultor de cámara de S. M. Carlos II, el año 1672, como consta documentalmente en el expediente personal del artista, conservado en el Archivo del Palacio Real de Madrid (2). Fue nombrado, por el duque del Infantado, mayordomo de la Reina, escultor de cámara del rey, sustituyendo a los artistas fallecidos Juan Bautista Morelli y Pedro de Obregón (3). En el informe que acompaña al expediente del célebre escultor se cita de modo encomiástico la trayectoria artística del imaginero granadino: «...Cumpliendo con lo que V. E. manda sobre que informe de la suficiencia de don José de Mora, profesor en el Arte de la Escultura, digo que más de dos años le conozco asistiendo extramuros en la ciudad de Granada donde le vi hacer diferentes obras de arte y que venían de Córdoba y otras

(1) Gallego Burín, A.: *José de Mora*, Granada, Universidad, 1925, p. 231. Martín González, Juan José: *Escultura barroca en España. 1600-1770*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 226-237. Gómez Moreno, Manuel: *La gran época de la escultura española*, Barcelona, Noguer, 1964, p. 23.

(2) A.G.P. (Archivo General del Patrimonio). Expediente personal del escultor José de Mora. Caja n.º 706/1.

(3) A.G.P. Caja n.º 706/1. 18-XI-1672.

partes de aquel reino a encargárselos por tenerle todos por el mexor escultor que avía en aquella tierra, después le vi en esta corte ará tres años poco más o menos, azer algunos retratos con toda aprovación como es notorio y es cierto y oy es llamado adelantado, y así es digno de la plaza de escultor de Su Mag.d.» (4).

A través de este importante documento que firma Gaspar de la Peña en Madrid a 10 de noviembre de 1672 se desprende que el gran artista gozaba en la corte de un alto prestigio avalado por su obra en Granada, donde el firmante afirma que le vio hacer varias obras de arte y que no solamente era conocido en dicha ciudad, sino que de otras ciudades limítrofes como Córdoba le encargaban obras de arte como las imágenes que con posterioridad tallara en madera con destino a la capilla del cardenal Salazar en la sacristía de la mezquita-catedral de Córdoba y que representan a los santos fundadores de las órdenes religiosas. También se hace constar en este documento que la clientela, cofradías, e instituciones religiosas le tenían como el «mexor escultor» de aquella zona; se refiere a Granada y a Córdoba. Es obvio que después de Cano y Mena quedó él como el más importante imaginero de la escuela granadina de brillante trayectoria artística.

Todos estos méritos concurrieron en su persona y fueron el motivo por el cual se le nombró escultor de cámara real.

En el año 1665, José de Mora se encuentra trabajando con su padre, Bernardo, en las esculturas de la fachada del santuario de la Virgen de las Angustias de Granada. Posteriormente marcha a Madrid con varios intervalos entre 1660 y 1680, ejecutando la Inmaculada de San Isidro, inspirada directamente en Cano, repitiendo el modelo en Granada. También talló en madera policromada una Soledad para la iglesia parroquial de Santa Ana, de gran acento pasional. En la ciudad de los cármenes dejó una magnífica imagen de la Inmaculada Concepción para la iglesia de los Santos Justo y Pastor. Para la Cartuja realizó la figura de San Bruno. Finalmente para la iglesia de San José, en la citada ciudad, realizó un hermoso Crucificado (5).

José de Mora fue un fiel devoto y un profundo admirador de su maestro, el genial Alonso Cano; tanto que al fallecer este notable artista trabajó con su discípulo más aventajado, Sebastián Herrera Barrionuevo (6).

Con el escultor Pedro de Mena tuvo unas excelentes relaciones artísticas, como lo demuestra el hecho de haber realizado en colaboración tallas de Ecce-Homo, Dolorosas, etc. (7).

En la corte mantuvo una gran amistad con el pintor, crítico y biógrafo de artistas Palomino, colaborando con él en numerosas obras de arte (8).

En cuanto al carácter y a la personalidad de José de Mora, Palomino nos comenta que poseía un temperamento extraño, trabajando solo y encerrado en su taller, sin permitir que nadie lo observara al igual que el divino Mi-

(4) A.G.P. Caja n.º 706/1. 3-IX-1673.

(5) Hernández Díaz, José: *Andalucía (Arte del Renacimiento al siglo XX)*, t. II, Barcelona, Noguer, 1981, pp. 236 y 237. Colección Tierras de España. Fundación/March.

(6) Hernández Díaz, José: *o. c.*, p. 237.

(7) Hernández Díaz, José: *o. c.*, p. 236.

(8) Gallego Burín, A.: *o. c.*, p. 231.

guel Angel. Llegó incluso a trabajar de noche. Su taller estaba situado en una zona privilegiada de Granada, a las afueras, en el Albaicín. Allí sus manías y extravagancias fueron acentuándose hasta degenerar, muerta ya su mujer, en locura pacífica. Así lo manifiesta su biógrafo y crítico Palomino, que lo trató en los últimos años de su vida; falleció en plena demencia el año 1724 (9).

En cuanto a su personalidad es notorio constatar su profunda religiosidad y exaltado misticismo; ésto unido a su orgullo artístico, excesivo apasionamiento y generosidad acabaron en locura, consecuencia de un temperamento desequilibrado, en que la parte espiritual absorbía la materia, terminando por captarla.

Su misticismo y espiritualidad se traslada a sus obras, plenas de gran fervor místico, con gran sentido andaluz. Figuras silenciosas, íntimas, carentes de ostentosis, sin la teatralidad de Mena y sin la serenidad de Cano.

Artista bien dotado, sintió con toda su alma la imaginería, ejecutando obras técnicamente bien logradas.

María Elena Gómez Moreno manifiesta que junto a obras flojas y amañadas salidas de su producción posee verdaderas obras maestras. Su originalidad hace que huya de copiar a otros y de repetirse y al no tener taller sus prototipos no se difundieron. Tanto es así que él mismo policromaba sus imágenes con tonos apagados (10). Acentuaba su naturalismo con hacer de lienzo encolado y pintado los ropajes (11).

Sin duda alguna fue el más apasionado de los escultores andaluces.

En esta publicación nos vamos a centrar en una de sus obras más postre-ras, las imágenes de los santos fundadores de las órdenes religiosas que él llevó a cabo a comienzos del siglo XVIII con destino a la capilla de Santa Teresa, también denominada del cardenal Salazar, actual sacristía de la Mezquita-catedral de Córdoba.

IMAGENES DE SANTOS FUNDADORES DE ORDENES RELIGIOSAS QUE DECORAN LA CAPILLA DEL CARDENAL SALAZAR, TAMBIEN LLAMADA DE SANTA TERESA, EN LA MEZQUITA-CATEDRAL DE CORDOBA

A comienzos del siglo XVIII, aproximadamente hacia el año 1700, el cabildo de la catedral cordobesa encarga a José de Mora la serie de imágenes de los santos fundadores de las órdenes religiosas, con destino a la capilla del cardenal Salazar, obispo franciscano que costeó su sepulcro, así como la cripta que se encuentra bajo la misma y que ofrece una magnífica muestra del arte barroco cordobés. El arquitecto que la proyectó fue el célebre Fran-

(9) Gómez Moreno, Manuel: *o. c.*, p. 24.

(10) Gómez Moreno, María Elena: *Breve historia de la escultura española*, Madrid, Dossat, 1951, p. 145.

(11) Gómez Moreno, María Elena: *o. c.*, p. 146.

cisco Hurtdo Izquierdo, finalizando la obra en el año 1705. Es ochavada y de estilo churrigueresco (12).

Esta capilla, también llamada de Santa Teresa por la imagen de la santa fundadora que la preside, se encuentra cobijada en un espléndido retablo de jaspes y mármoles. La escultura es obra de José de Mora, original representación de la santa la que lleva a cabo aquí el artista granadino, el cual, sin tener en cuenta la iconografía tradicional, muestra a la santa de Avila, doctora de la Iglesia, de pie, envuelta en su hábito carmelita, dispuesta a escribir, porta en su mano derecha una pluma y a su lado izquierdo, a la altura de la cabeza, se le aparece una paloma, símbolo del Espíritu Santo, que la ilumina y la fortalece en la fe. Aunque la santa, más que inspirarse en la paloma, se muestra atraída por el juego entretenido de la divina ave (13). El rostro que nos presenta el artista de la santa es fino, de facciones suaves, nariz delgada, fina y correcta, los labios también finos y sensuales; en resumen, se trata de una faz correcta y de trazos elegantes.

El escultor presentó una imagen distinta a los típicos modelos tradicionales de un Gregorio Fernández, con libro y pluma de la catedral de León y la de Francisco Salzillo para la iglesia de Santo Domingo de Murcia, de esquema iconográfico tradicional.

Junto a la imagen de Santa Teresa, presiden la capilla ocho imágenes de santos fundadores de órdenes religiosas que colocados sobre repisas e intercalados por cuadros de Antonio Palomino adornan este sagrado recinto, que pese a ser calificados por algunos críticos e historiadores del arte como inferiores, de desigual factura y flojos, a mí personalmente me causaron un gran efecto y admiración dentro de un barroco exaltado y místico. Los santos efigiados por Mora son: San Ramón Nonnato, San Agustín, San Francisco de Asís, San Bernardo, San Pedro Nolasco, Santo Domingo, San Antonio de Padua y San Francisco de Sales (14). Dichas esculturas están talladas en madera policromada, dorada y estofada; las telas se muestran encoladas con aparejo. El tamaño es normal, mostrando cada uno su simbología.

Destaca poderosísimamente entre todas ellas la imagen del obispo de Hipona y padre de la Iglesia occidental, San Agustín. Mora hace una excepcional representación del santo, lo muestra de pie, como todas las restantes figuras, envuelto en el hábito de su orden, con fuerte policromía. Muestra al santo extasiado, con sus ojos alzados al cielo y con sus manos sostiene un corazón, que simboliza el amor que tanto tuvo por la verdad y por Dios. Su lucha por la verdad y por el alma se deja sentir en su obra excepcional: Dios, la Verdad y el Alma se resumen en este apretón de manos hacia el co-

(12) Rodríguez G. de Ceballos, A.: *La huella de Bernini en España*, prólogo del libro sobre Bernini de Howard Hibbard, Madrid, Xarait, 1982, p. XXIV. Gallego Burín A.: o. c., p. 231. Magaña Bisbal, Luis: *Una familia de escultores: Los Mora*, Madrid, Archivo Español de Arte, 1952.

(13) Ramírez de Arellano, Rafael: *Inventario monumental y artístico de la provincia de Córdoba*, Córdoba, Diputación Provincial, 1904, reedición 1983, p. 131. Ortiz Juárez, José María: *La mezquita-catedral de Córdoba*, Zaragoza, Zúker, 1974, p. 95.

(14) Alcolea, Santiago: *Córdoba*, Barcelona, Aries, 1951. Castejón y Martínez de Arizala, Rafael: *La mezquita aljama de Córdoba*, León, Everest, 1975, p. 63.

razón de Cristo. «No te alejes de mí, porque en el interior del hombre habita la verdad».

Al igual que San Agustín se muestran los restantes santos fundadores de las órdenes religiosas; a cada uno lo representa Mora con su iconografía, atributos y simbología, dando un aire majestuoso y espléndido a esta capilla, de planta octogonal.

Las imágenes se caracterizan por una actitud mística, de espíritu arrebatado y ensimismados en la fe de Cristo. Sus actitudes religiosas y corporales son movidas y plenas de éxtasis, de grandes efectos teatrales, conectando de lleno en un claro estilo barroco, inspirado en temas berninescos.

Finalmente, cada santo fundador nos muestra su espíritu y su simbología, con los atributos propios de su vida y de su orden religiosa.

